

El defecto

Colección Rayos globulares

(19)

R

La editorial agradece el apoyo financiero del Instituto polaco del libro.



Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: septiembre 2015

Título original, *Skaza*

© by Magdalena Tulli 2006. All rights reserved.

© de la traducción del polaco, Francisco Javier Villaverde González

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2015

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Albert Bonay

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.
Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª
08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es
www.rayoverdeeditorial.com
 RayoVerdeEditorial  @Rayo_Verde

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B - 9987-2015

ISBN: 978-84-15539-96-4

BIC: FA

Impreso en España Printed in Spain

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

El defecto

Magdalena Tulli

Traducción de Francisco Javier Villaverde

Rayo verde
editorial

Lo primero serán los trajes. El sastre los proporcionará todos al por mayor. Seleccionará los patrones a ojo, hará sonar un par de veces las tijeras y con ello dará comienzo el previsible repertorio de gestos. En un círculo de luz quedarán retales y hebras de hilo, pero alrededor estará oscuro. De entre el desorden surgirá un pliegue de la tela, el embrión de una pinza prendido con un alfiler. La pinza creará todo lo demás. Si es adecuadamente profunda, dará vida a una prominente barriga realzada por la cadena dorada de un reloj, a una respiración dificultosa y a una calva rociada por gotas de sudor. Una cosa lleva a la otra. Este aspecto físico implica determinadas características: gula, soberbia y un desagradable pragmatismo que apaga los impulsos del corazón como si le echaran encima un jarro de agua fría. Por cada terno debe haber al menos dos delantales de cocina hechos de lino, uno para la señora de la casa, otro para la criada. Vestidos, en cambio, en caso de que sean, por ejemplo, de tafetán de alta calidad, sólo uno. Otro más lo estropearía todo. La intriga se iría al traste, pues un escándalo prematuro acabaría con ella.

En cuanto a la criada, un trozo de percal con estampado de flores basta para hacerle algo que ponerse. Pero la media docena de pequeños tapices bordados que pregonan las verdades burguesas, banales aunque dudosas, así como la ropita de bebé, compuesta por pañales y peleles, son cosas demasiado fútiles para que el sastre se ande preocupando por ellas; en cualquier caso, de seguro aparecerán en el momento adecuado, espontáneamente, si bien la existencia se la deberán a la caja de la costura. Con ellas llegarán las más diversas esperanzas, expectativas y estimaciones y, con el tiempo, por la naturaleza de las cosas, empezarán a adquirir el peso plúmbeo de las decepciones. En cuanto a los uniformes escolares, la pericia del sastre resultará indispensable. Pero el asunto, aun cuando se extienda en el tiempo, acabará por alcanzar un límite más allá del cual no habrá nada aparte del maremágnum de la derrota, las sacudidas del fracaso. La única posibilidad de hallar un final feliz pasa por abreviar el relato, por cortar los hilos argumentales en el momento justo, antes de que se desgasten, se enmarañen y se llenen de nudos. Y pasa en especial por evitar los puntos culminantes como si fueran un fuego que, una vez iniciado, calcina toda esperanza.

La cosa también podría finalizar en el sastre si éste, en un arrebatado de compasión, quisiera ahorrarle al mundo la fiebre de los deseos y las decepciones. Sólo tendría que negarse a colaborar, renunciar al anticipo. Dejaría el trabajo y saldría corriendo, gritando a pleno pulmón que no existe nada de lo que vemos. ¿Y lo demás? Si existe, es invisible. Es posible que, aun así, el mundo creyera sólo a sus ojos y oídos, que creyera en el tejido de las telas, en el susurro de éstas, en el brillo de un botón. Por la noche

resuena el suave repiqueteo de la máquina de coser y al alba todo está ya listo. Las tijeras del sastre cortan con indiferencia el paño y también el satén para el forro. La aguja los atraviesa una y otra vez, arrastrando tras de sí el hilo, sin el cual la puntada no valdría de nada. En el escaparate, junto a un impecable notario con cuello de piel, hay colgado un universitario terminado —chaqueta bien torneada, un inquietante emblema prendido a la solapa— miembro de una asociación estudiantil. Una corpulenta criada con un estampado floral, planchada para los domingos; varios aviadores recién cosidos, de un convincente color acero; un policía hecho de paño para uniformes, azul marino; un novio negro como el azabache; una novia blanca como la nieve, oculta por una niebla de tul. Ni malos ni buenos, los han mantenido colgados demasiado tiempo si se tiene en cuenta lo escaso de sus reservas de paciencia y, lejos del escenario de una acción que todavía no se ha iniciado, viven únicamente en sueños. Penden de perchas de madera, no tienen suelo bajo los pies y ni siquiera pies, hasta que no les llegue la hora de dar el primer paso. Esperan su oportunidad. No saben que su destino ya se cumplió tiempo atrás, sobre el papel de los patrones.

En un sitio la tela ha sido, por ejemplo, ligeramente dada de sí, en otro tiene una arruga casi imperceptible, los sobrantes han sido introducidos en las costuras y bastante alisados con la plancha, para que todo ello, junto a los hechos, pueda encajar con las conclusiones ya preparadas desde un principio acerca de este o aquel personaje. Si se observa cualquiera de los trajes al azar, resultará fácil advertir con cierto desagrado que, bajo el forro, nada es lo que parece ser cuando se ve por fuera.

Diversas pequeñas imperfecciones en el corte revelan como de pasada que los trozos de tela han sido recortados arbitrariamente. Sería posible advertir que hay decisiones trascendentales supeditadas a los prejuicios, los caprichos, los antojos. Pero es más cómodo no fijarse en ello. Quien puede, se aferra deliberadamente a su primera impresión y no quiere tomar en cuenta nada más. El ojo prefiere evitar los detalles problemáticos. E incluso, con mayor prudencia, prefiere evitar todo tipo de detalle. Quien puede, protege así de la duda los conceptos sobre la totalidad en los que confía, quizá más valiosos que esa totalidad.

Los tijeretazos son irreversibles, las prendas no se pueden transformar. En los diseños está contenida la verdad íntegra, tanto la que les corresponde creer a todos como la que a nadie le apetece verificar. Cualquier opinión admitida mayoritariamente encuentra respaldo en ellos. El diseño es un troquel para sacar muchas copias de los conceptos. ¿Acaso la elocuente claridad del corte no aporta credibilidad a las apreciaciones, incluso a las más dudosas? Cada prenda es una señal y una sugerencia, cada una revive antiguas asociaciones mentales y despierta expectativas nada casuales; y además, de arriba abajo, o más bien desde la suela del zapato hasta lo alto del sombrero, define una postura que, incluso en movimiento, resulta inalterable a su manera, tenaz, no compatible con nada. Las ropas no se llevan bien entre sí. Sus tonos neutros, apagados, son la mejor garantía de que al menos no van a darse de bofetadas en una calle atestada de gente. Pero los colores no las reconciliarán. En especial la ropa de abrigo —no cuando está completamente nueva, sino después de ser usada algunas veces

y quedar marcada por el roce con la superficie áspera de la realidad—se convierte en fuente de impercederos antagonismos, en causa de tensiones invisibles, de ciertos excesos de depresión en la atmósfera, listos para explotar como vapor comprimido capaz de poner en movimiento la más indolente secuencia de acontecimientos. Qué puede importarles todo eso al sastre mientras, puntada a puntada, cose insignias doradas en las solapas de un general. Con el centímetro colgado al cuello y su mala vista que mira desde detrás de unos gruesos cristales. Si la trama es extensa, entonces incluso resulta difícil preparar de buenas a primeras una lista de todas las prendas de vestir que harán falta.

Pero ¿y si fuera yo quien ha hecho el encargo? ¿Y si apenas me pudiera permitir afrontar todo eso, decenas de cajas de botones para la ropa interior y la de vestir, innumerables carretes de hilo y rollos de tela? ¿Quizá el anticipo entregado al sastre fuera demasiado escaso, tan mezquino como una pieza del tejido más mediocre? Sólo él sabe de dónde ha salido ese montón de abrigos. Mejor no preguntar. O bien es trabajo atrasado, o bien ha aceptado en secreto algún pedido adicional para ganar dinero extra. Cuanto más perfectos sean los modelos que salgan de entre sus manos en un primer arrebato de inspirada laboriosidad —antes de que el dinero se esfume tras pagar los alquileres—, mayor será después la vergüenza cuando su obra empiece a precipitarse en dirección a la producción masiva, los materiales de baja calidad y la elaboración descuidada. Pero la vergüenza se erosiona, nada se convierte en polvo más rápidamente. Se pasa el cepillo de la ropa y listo. Una vez haya renunciado a sus ambiciones, el sastre será desde entonces más moderado

a la hora de cortar, lo hará sin inventiva, cada vez con más escepticismo, y al final incluso con ironía y maldad, después de ver que todo ese trabajo va a ser en balde. No le importaría escupir sobre las prendas. Quien paga y exige, compra horas de brega con las puntadas, pero no la conciencia. El sastre no se sentirá culpable si el desprecio ensucia el traje, qué se le va a hacer si deja por todas partes manchas de grasa de la máquina y gotas negras de mala sangre de los dedos pinchados. El escupitajo es lo que con mayor dolor marca los destinos, aun cuando la saliva no deje huellas.

La aguja avanza desenfrenadamente hacia su único objetivo, calcular el coste definitivo de las telas y de la mano de obra. Al acelerar, las puntadas empiezan a perder el ritmo y a desviarse del camino señalado con un trocito de jabón sobre los oscuros parajes de las piezas de tela. Las mangas de la camisa pueden salir demasiado ajustadas; las perneras del pantalón, si su amplitud es exagerada, siempre resultan muy cortas, pero cuando su ancho es el adecuado, el largo de ambas acaba siendo desigual, como si se tratara de una broma. En las chaquetas, los chasquidos de las costuras dificultarán los movimientos libres. Con el tiempo, el sastre se reafirmará en su convicción de que ninguna prenda del vestuario volverá para ser arreglada. Quien paga y exige ni siquiera se las probará. Por su parte, las figuras para las que se cose este tipo de ropa importan aquí demasiado poco para poder querer algo o no quererlo. Las peores prendas también las recibirá alguien, nada se tira. Y es que ¿para qué iba a estropearse el sastre los ojos haciendo respuntes cuando sabe que a nadie le van a quedar bien? De su colérica dejadez vienen luego todos los defectos

externos, condenando al ridículo y la humillación a quien le tocan tales ropas.

Sin embargo, mientras nada se sabe ni se quiere saber acerca del significado capital del corte, una desgracia que le caiga encima a alguno de los personajes ha de parecer un inevitable castigo del destino, en cierto modo incluso merecido, pues lo justifica la evidencia con la que se ha manifestado. En ningún caso provoca oposición. Una prenda de poca importancia y sin capacidad de sufrimiento es siempre la víctima de los más crueles sucesos, como puede verse desde cierta distancia. Pongamos por caso un abrigo guateado. Su imagen es difusa, su contorno está desdibujado. Se lo puede ver tal y como uno quiera, es decir: de manera inexacta, uno de los numerosos detalles incrustados, por ejemplo, en el panorama descolorido de una plaza de ciudad. Alrededor hay edificios de varios pisos, uno junto a otro, un paisaje que parece creado como fondo para acontecimientos confusos. Un centenar de tales abrigos es ya una cifra inconcebible, tanto como puedan serlo varios miles; una mancha en forma de remolino gris con todos los tonos posibles, atravesada inevitablemente por la tristeza, cubierta como por nubes, que son en realidad el presentimiento de un destino común que nadie desea.

Hablemos de la plaza, ya que ha sido mencionada. Con un parterre en el centro y redonda cual esfera de reloj. Balaustradas decorativas en los balcones, en las ventanas visillos. Unas flores amarillas en el parterre y un sol amarillo sobre los tejados. El sol se desplaza lentamente. Aunque también se podría decir que él no se mueve de su sitio, en medio de una corona de rayos amarillos, sino

que es la plaza la que gira sin que se note. Junto con las calles que salen de ella, junto con los arbolitos plantados en las esquinas, que proyectan una exigua sombra sobre el adoquinado de basalto. Y aunque el movimiento sea tan pausado, como si no existiera en realidad, hace que te dé vueltas la cabeza todo el tiempo. Los raíles del tranvía resplandecen justo al lado del bordillo y junto a él trazan un círculo que cierra el espacio con un doble aro de acero cuyo brillo deslumbra.

Su aspecto puede ser el de cualquier barrio tranquilo de una gran ciudad, en la que a cada paso se abren plazas similares en medio de una densa red de calles. Pero la vasta totalidad de la que procede este fragmento no es accesible. En cada una de las varias calles que salen de la plaza, el empedrado se interrumpe nada más pasar la esquina. Quien sea tan crédulo como para confiar en la sólida apariencia del adoquinado de basalto y quiera alejarse, enseguida quedará atascado en la arena llena de rodadas, entre las paredes ciegas de los edificios, bajo ventanas dibujadas con tiza directamente sobre el revoque. Lejanos campanarios y difusas torres se alzan por encima de los tejados dando una idea de las dimensiones de la totalidad de la que esta plaza sería parte. Sin embargo, la totalidad debe seguir siendo una conjetura, imponderable como los hechos consumados y las predicciones para el futuro; mantener su sustancia, sus muros y tejados multicopiados en volúmenes reales, sería imposible para mí, además de innecesario. Mientras tanto, el tranvía ya avanza por los raíles. Será el tranvía de la línea cero, la única, que para las necesidades de una sola plaza es más que suficiente. Que la forma del cero, transportado des-pacio alrededor de la plaza, realce las excepcionales pro-

piedades del círculo, una figura idealmente cerrada cuya línea continua abarca la totalidad sin dejar escapar nada.

No es necesario decir que todo esto tiene unos costes. El adoquinado, los raíles, el tranvía... Hay que pagar por cada ladrillo, por cada teja. Los personajes no conocen el precio real de los materiales y de la mano de obra. De todas formas, ninguno de ellos estaría en condiciones de hacer frente al pago, ni ese que apenas tiene lo justo para ir tirando, ni ese otro que vive en la abundancia y al cual la ilusión de la holgura económica ya lo colma. Los billetes portados en las carteras son auténticos sólo a su peculiar manera, ya que no se puede adquirir con ellos ninguna cosa verdaderamente importante, como trajes, paisajes o interiores. Lo primordial ha de ser impuesto a los personajes sin que puedan elegir. No saben —aunque tampoco desean saberlo— qué asuntos resuelvo más allá de su campo de visión. Hago encargos a los pintores, a los tapiceros, a los estucadores. A los mecánicos y a los especialistas en luces. A tipos arrogantes con su sempiterno cigarrillo en la comisura de los labios. A maestros artesanos y a sus aprendices, vestidos todos con monos arrugados, que aprecian la paga pero desdeñan la faena. A devotos sirvientes de sus propias debilidades. De no ser por el vituperado trabajo que les ha tocado realizar, de no ser por el metro plegable que llevan en el bolsillo y los esparadrapos manchados en los dedos, no tendrían nada aparte de desesperación, esa que los arranca del sueño por las mañanas. Están condenados a entenderse conmigo, igual que yo con ellos. Pago anticipos, trago sin montar escándalos con triquiñuelas de mayor o menor envergadura. No pongo en duda las facturas en las que se incluyen utensilios usados hace mucho y ya

pagados, o fondos pintados de nuevo pero que enseguida quedan en evidencia por algún agujero dejado tiempo atrás por una escarpia.

Qué doloroso resulta ver con tal claridad todas las imperfecciones de este mundo, sus miserias y su auténtica incapacidad para existir. Cierro un ojo para no enterarme del verdadero estado de las cosas. Cierro el otro, no quiero ver nada. Por norma no suelo presentar reclamaciones; por ejemplo, prefiero callarme si resulta que todos los tejados tienen goteras. Y aun así, los hombres de los monos consideran que trabajan demasiado para el ridículo jornal que se les paga, a cambio del cual no tendrían que molestar en hacer nada más que una simple pared. Si se les pidiera ingenuamente que se sacrificaran un poco, se encogerían de hombros. El descontento se halla impreso en todo lo que han tocado. Sin hacer nada más allá de lo que en su profesión resulta mecánico e indiferente, se asignan una compensación por un presunto perjuicio, y lo hacen con tranquilidad, seguros de que no se les va a descontar nada de la paga. Ellos no salen perdiendo por ninguna de sus negligencias ni de sus chapuzas.

Cuando, en realidad, el éxito de toda la empresa depende en buena medida de su presentación exterior. De si no se escatima energía en los proyectos, de si se logra cubrir las superficies con pátina, lo que sugerirá, de manera convincente y engañosa, que el mundo no fue creado ayer; que esas mismas fachadas suntuosas han estado inmóviles ahí desde tiempos inmemoriales, revestidas, pongamos por caso, de granito; que los mismos cristaltitos de las vidrieras han aguantado en las ventanas de las cajas de las escaleras sin sufrir la menor grieta; que brillan por efecto de la cera los mismos suelos de roble;

que el mismo mármol vetado reviste los tableros de las mesas en las cafeterías; y que letreros grabados en latón proclaman la gloria hereditaria de unas instituciones tan indestructibles como el engranaje de un reloj de oro. La fuerza vulgar del dinero pagado por los materiales y la mano de obra siempre hará lo suyo, pero no despertará pasiones. Se puede comprar la rutina, pero no el amor por el detalle. El efectivo no garantizará un noble equilibrio entre brillo y pátina. Y si esto no se puede obtener, entonces toca contentarse con una historia barata, indigna de la fortuna invertida en su ornamentación. Ya no se puede esperar que algo sea verdaderamente cautivador.

Las incomodidades, al igual que las prendas mal cosidas y asignadas sin discusión y sin la oportunidad de pasar por el probador, se convierten para la mayoría en un símbolo de humillación, demasiado dolorosa como para ser aceptada, demasiado hiriente para que rechazarla sea suficiente. La ola de amargura surgida de las desilusiones nunca amaina. Y la amargura, en forma de ira crónica, circula por una amplia órbita, envenenando los pensamientos y los actos. No existe respuesta para ciertas preguntas, como de dónde ha salido la navaja automática que hay en un bolsillo o de dónde ha salido el puño americano. Además, al primer vistazo ya se ve que la navaja y el puño no son de pega. Son reales, a diferencia de otros elementos del atrezo, como por ejemplo las flores artificiales o los anillos de bisutería, que están por todas partes. A diferencia de las hábiles imitaciones de mármol de diversas clases ya diferencia de la madera noble preparada a partir de variedades comunes con ayuda de tintes y barnices, aquellos otros objetos, tan inquietantes, se libran del estigma del ahorro obtenido

de tapadillo, porque con ellos no se han escatimado los mejores materiales.

No es casual que aquí nadie tenga permiso para portar armas, ni siquiera los policías. Yo no las encargo, no figuran en las facturas y en los almacenes no es posible encontrarlas. Y sin embargo circulan hasta revólveres, por lo general bien cuidados, cargados y listos para ser disparados. Los guardan a escondidas en oscuros cajones. ¿De dónde han salido? Está claro que de la sastrería no, ni siquiera de la carpintería. Pero si están ahí, significa que de algún modo las han introducido. Es posible que desde siempre hayan estado circulando entre las historias, de mano en mano: material de contrabando, comprado clandestinamente en regiones prohibidas en las que se juntan varias historias y penetran unas en otras, aturcidas por su propia fiebre. El precio de los dudosos beneficios perseguidos por los trabajadores vestidos con monos es la desesperación y la rabia de los personajes secundarios. Pero, por diversos motivos, todo se echa en el olvido durante el mayor tiempo posible, no se insiste en aplicar castigos.

Tengo muchas razones para doblegarme, rendirme, postrarme ante la arrogancia y las triquiñuelas inauditas. Para renunciar de una vez por todas a cualquier indagación y resignarme discretamente a aceptar como válidas las facturas falsas, a pagar gestiones ficticias y obras fracasadas adrede, planeadas como coartada para esas otras, solapadas y discretamente eficaces. Obstinarsse sobremanera en comparar las facturas con el estado real de las cosas no sirve para nada; tampoco trae ningún provecho ansiar la univocidad de la aritmética, ni pensar compulsivamente en la contabilidad. En las facturas figuran,

por ejemplo, toneladas de clavos de plata, cuyo coste sugiere que, en efecto, son lo que se indica, pero cuyo uso ya al primer vistazo se ve que es un despilfarro demencial, como si fueran indispensables hasta para hacer un andamio de tablas de pino sin cepillar. Ya sólo el hecho de contar los palés, las cajas de cartón y los artículos, altera la tranquilidad de los almacenes. Provoca que aparezcan y desaparezcan cosas como si alguien se estuviera burlando de las medidas de control tomadas. Por culpa de esto no hay modo de establecer, fuera de toda duda, si algo ha existido realmente o si sólo ha figurado en la contabilidad, igual que la nieve del año anterior, o los primeros rayos del sol de la primavera, o las tormentas veraniegas con rayos y truenos, o las nieblas otoñales.

¿A quién pertenece todo esto? ¿De quién son los bienes que están siendo robados? Una pregunta elemental que se plantea por sí sola —alguien aquí ha dicho varias veces «yo»—, para la cual no existe una respuesta honesta. Ocultarse es agotador y a largo plazo resulta imposible. Pero la palabra «yo» no aclara nada en este contexto. Su significado es demasiado limitado si está sola. Menos que una firma en un pagaré, no más que una inicial suelta que alguien ha dejado en una pared desconchada. En estas dos letras el contenido es tan escaso que pueden pertenecer a cualquiera y a nadie. Un gesto impreciso de la mano en el aire, que dirige la atención de los testigos hacia el primer botón del cuello, no aporta demasiado, pero por desgracia tampoco es posible hacerlo más comprensible. Incluso la imagen de una silueta en movimiento, concebida a partir del corte y el estilo de un traje, sería sólo un punto de partida para asociaciones mentales sencillas y superficiales. «¿Para qué quiero

todo eso?», se podría preguntar alguien con desconfianza, «¿Para qué me valen los acontecimientos, o los sufrimientos de los personajes involucrados en ellos?» Y al enfrentarse a esta cuestión no queda más remedio que esquivarla, como si fuera una piedra que nos arrojan desde detrás de una esquina. Si nos acierta en la sien, nos puede matar en el acto. Aunque lo normal es que no nos acierte, sino que nos pase rozando la oreja.

Teniendo en cuenta las dimensiones de la plaza, no serán necesarias más de dos paradas. Una estará en el lado norte y la otra en el sur; la primera junto a la administración regional y la segunda junto al instituto masculino. El lugar parece desierto, salvo por la presencia de una figura que se tambalea y que sin duda pertenece al día anterior. A su cuerpo, que no se sabe de dónde ha salido y que de algún modo carece de toda voluntad, la chaqueta le queda como un guante. Hasta el arrogante destello que se ve en sus ojos es tan sólo el reflejo de un anillo de sello barato. Se trata de un universitario, borracho. Vomita agarrado a los barrotes metálicos de la valla. El tranvía del que se ha bajado reanuda su marcha, en dirección a la parada de la administración regional. En su interior hay un garrote olvidado rodando bajo los asientos, una herramienta perfecta para romper ventanas. Aunque al universitario lo catearan ayer en derecho romano, ya le habrá dado tiempo a olvidarlo, porque después del examen, sin escatimar fuerzas, estuvo todo el día dando vueltas por las calles con sus amigos, para finalmente pasarse media noche con ellos en un pub, comiendo, bebiendo y armando bronca. Pero ¿y si yo soy ese universitario? En mis oídos aún resuena el estruendo